

AGENDA CIUDADANA

EL FACTOR CHINO

Lorenzo Meyer

Miopía.- Se graduó en relaciones internacionales en una buena institución pública y con muy altas calificaciones. Tras una breve estancia de trabajo en Indonesia, decidió continuar la carrera académica por la vía del postgrado, pero no cualquiera sino uno de excelencia con especialidad en China. Buscó entonces ser admitida a la Universidad de Harvard y lo logró. Ahí era necesario cursar primero la maestría para mostrar capacidad en el tema (en particular en dominio del idioma) y sólo entonces se podría intentar la admisión al doctorado. Quedaba tan sólo un obstáculo a superar antes de entrar de lleno en materia tan complicada: solucionar el problema práctico: conseguir apoyo económico para pagar colegiatura y manutención. Cinco veces intentó obtener una beca en el CONACYT -- cada vez en un nivel distinto, y de abajo hacia arriba— pero cinco veces le fue negada. La razón definitiva se la dieron en la última entrevista: “los estudios sobre China no son una prioridad para México”. Obviamente en la raíz de esa respuesta está una ignorancia abismal de quien la formuló: un funcionario de la agencia gubernamental mexicana en donde no hay excusa para tan monumental tontería. En efecto, con una pizca de conocimiento sobre lo que ocurre hoy fuera de nuestras fronteras más una dosis normal de sentido común, no es difícil interpretar todos los indicadores objetivos en el mismo sentido que Oded Shenkar: el que se acaba de iniciar será “el siglo de China” (The Chinese Century, Upper Saddle, River, N.J.: Wharton School Publishing, 2005). Por sus dimensiones y su proyecto nacional, lo que China haga o deje de hacer va a afectar al sistema mundial en su conjunto y a cada uno de los países que lo componen. Estudiar a China no es una opción para México, es simplemente una necesidad.

Hoy China es nuestro gran competidor en el mercado global en general y en el norteamericano en particular. Así pues, nuestro lugar y éxito en la economía mundial depende --y va a depender cada vez más--, de un correcto diseño de la política hacia, y en referencia a ese país de 1,300 millones de habitantes, que desde hace un decenio crece a un ritmo absolutamente imposible para México: 9.5% per capita anual. Decir que formar especialistas en China no es asunto prioritario para México sería, en el caso de una persona común, excusable ignorancia, pero en boca de un encargado de tomar decisiones y planificar las necesidades de la ciencia en el país de cara al futuro, es irresponsabilidad.

Entre las muchas cosas que nos hacen falta para enfrentar tanto el desafío como la oportunidad que hoy representa China, está la formación de expertos que le permitan al gobierno, a las empresas y a las instituciones creadoras de conocimiento en México, entender el complejo proyecto chino, conocer al detalle sus políticas y prever sus efectos positivos y negativos sobre nuestros propios objetivos. Se supone que las instituciones públicas encargadas de apoyar la formación del capital humano son las más sensibles a las necesidades de largo plazo en la formación de expertos en el conocimiento de países y regiones que influyen en nuestro propio desarrollo. Pero por lo visto estamos volviendo a tropezar con una piedra ya conocida.

En efecto, superada la etapa de la revolución y la construcción del nuevo régimen, México pudo y debió de haber alentado la creación de varios centros de estudios de la potencia que había sido y seguiría siendo fundamental en nuestro desarrollo: Estados Unidos. Sin embargo, un nacionalismo mal entendido nos hizo perder perspectiva y tiempo. En los años cincuenta y sesenta del siglo pasado, algunos académicos argumentaron que México no tenía necesidad de crear instituciones centradas en el estudio del “imperio”, pues éstas podían ser infiltradas por los aparatos de inteligencia norteamericanos. Así, por

ejemplo, mientras la pequeña Finlandia ya contaba con varios institutos para estudiar al poderoso vecino soviético, México no tenía nada equivalente para monitorear al suyo. En contraste, programas de estudios mexicanos en las universidades norteamericanas tomaron forma y crecieron. En la actualidad México cuenta con varios centros de estudios norteamericanos, pero se perdió tiempo. Sería ridículo que volviéramos a cometer el mismo error con China o con el otro gigante asiático, India, cuyas políticas económicas y de poder ya nos afectan y lo harán más en el futuro.

China.- La combinación de una historia y una demografía enormes, han hecho de China un modelo de desarrollo que, cuando menos, se puede calificar de peculiar. Hoy, ese país cuenta con un sector productivo muy moderno, tanto que tiene un programa espacial y está planeando el lanzamiento de una estación espacial y un programa de exploración en Marte. Por otro lado, también posee un mar de mano de obra barata –aunque no la más barata de Asia— pero que usa tecnologías de punta. De esta manera, China tiene ya la capacidad de competir en el mercado mundial con productos industriales relativamente sencillos y muy baratos, a la vez que empieza a ofrecer cada vez más bienes de consumo relativamente complejos --televisores planos o automóviles— donde el costo de la mano de obra es secundario. China puede ya rivalizar con líneas de producción donde sus competidores son países como México, como es el caso de los textiles, pero también competir con empresas nacidas y afincadas en los países más desarrollados y con alta tecnología. Y en ambos frentes los herederos del viejo “Reino del Medio” están ganando la batalla del siglo XXI.

La reciente gira del premier Hu Jintao a varios países latinoamericanos, especialmente a Brasil, tuvo por objetivo no sólo visitar a los competidores, sino preparar el terreno para una colaboración futura con ellos, donde el intercambio comercial puede

combinarse con inversiones directas en arenas como la producción de acero o de combustible, materias primas que China demanda cada vez más en grandes cantidades. El país asiático es un competidor, pero también un posible mercado y socio.

México debe considerar que China está decidida a recuperar el respeto de la comunidad internacional—mismo que perdió como resultado de las humillaciones sufridas a manos de las potencias imperialistas occidentales en los dos siglos pasados— y para ello busca colocarse no sólo como un gran productor de bienes sino como una gran potencia militar. Históricamente, el chino fue un imperio que no desarrolló una política imperialista; en esas condiciones una relación política más estrecha con Beijín, puede ser de gran interés para un México siempre necesitado de balancear la pesada influencia de su poderoso vecino del norte.

El “Factor Chino” y el Futuro.- Hace diez años el liderazgo mexicano confió demasiado en las bondades del Tratado de Libre Comercio de la América del Norte (TLCAN) para garantizar un nicho privilegiado a las manufacturas mexicanas en Estados Unidos. Se creyó en exceso en las posibilidades mexicanas —en particular la cercanía con el mayor mercado del mundo— y se desestimó la competencia de la lejana China. Fue un error.

Las cifras ponen el ingreso nominal per capita en China como un sexto del de México; sin embargo, medido en términos de poder de compra, resulta que la diferencia es menor: un tercio. Además, la dinámica del desarrollo chino tiende a acortar la distancia rápidamente. A estas alturas, la demografía de China —trece veces la de México— ha puesto fin a casi todas las ventajas que alguna vez nuestro país llegó a suponer que tenía frente al competidor asiático. De acuerdo a los datos de Shenkar, la proximidad de nuestro país al mercado americano, apenas le da a los exportadores mexicanos una ventaja sobre los chinos

equivalente a un cinco por ciento, (pp. 110-111). Pese al TLCAN, en agosto del 2002, China finalmente sobrepasó a nuestro país como exportador al mercado norteamericano. Y si bien México mantiene ventaja en productos como automóviles o componentes de equipos de computación, la brecha se va cerrando. En el ramo de los textiles –un mercadeo de 350 mil millones de dólares–, la ventaja ya se perdió de manera contundente e irremediable.

El “factor chino” tiene aún mucho de incógnita, pues su desarrollo económico quizá no pudiera mantenerse al paso acelerado actual. Sus problemas internos son tan descomunales como sus logros y tamaño. China se ha volcado a los modos capitalistas de producción sin abandonar su estructura política de país autoritario, de país de un solo partido. Allá está funcionando el diseño que en México le falló a Carlos Salinas: el de privatizar, abrir el país a la competencia y a la inversión internacionales, sin aceptar que esa liberalización económica debía de ser acompañada de una auténtica reforma política democrática. China se propone mantener el sistema construido a partir del triunfo del Partido Comunista Chino (PCCh) en octubre de 1949, sin embargo su estructura social está cambiando velozmente como resultado de su decisión de adaptarse a las exigencias del mercado y alguien está teniendo que pagar por ello. Y ese alguien, además de la ecología, son los campesinos y los pobres en general. China cada vez se parece más a México en la desigualdad y brutalidad de su estructura social y en su corrupción. El descontento de los millones de perdedores que no tiene forma política institucional y pacífica de expresarse, bien podría conducir a la inestabilidad. Sin embargo, el cálculo mexicano sobre como hacer frente al “factor chino” no debe basarse en sus debilidades, sino en lo opuesto, y suponer que en el futuro inmediato el liderazgo del PCCh podrá mantener su control monopólico y llevar adelante su agresivo proyecto de transformación económica.

Ese proyecto, cuya meta es restaurar el estatus histórico de China como gran poder, contempla, entre otras cosas, una gran inversión en educación, ciencia y tecnología. Tras el desastre educativo que fue la “Revolución Cultural” (1966-1976), China ha vuelto a su tradicional aprecio por la educación superior como elemento fundamental del proyecto nacional. Hoy Beijing no sólo mantiene una política de apoyo sistemático a sus cien mejores universidades e institutos, sino que ha hecho un gran esfuerzo en ligar la educación superior a su proyecto económico y a la internacionalización. Según la National Science Foundation de Estados Unidos, entre 1986 y 1998 21 estudiantes chinos lograron obtener su doctorado en ciencias e ingeniería en universidades norteamericanas, pero en la actualidad hay más de 65 mil estudiantes de esa nacionalidad que, sumados a los de Hong Kong y Taiwán, superan los cien mil. Y el programa de repatriación de científicos está dando resultado. En teoría, México debería estar siguiendo una política similar, pero en la realidad nuestra política educativa es un área de promesas incumplidas.

Un frente inesperado para México de la competencia China, y subrayado por Oded Shenkar, está justamente en esa área que hoy nos es de gran importancia: el empleo de mano de obra mexicana documentada e indocumentada en Estados Unidos y que implica para nuestro país el recibir 15 mil millones de dólares al año por concepto de remesas. Con la migración creciente de plantas industriales de Estados Unidos a China, en el futuro habrá una menor demanda de mano de obra barata por parte de la economía norteamericana –la competencia china borrará pronto medio millón de trabajos en la industria textil en Estados Unidos--, y entonces disminuirán las oportunidades para los trabajadores mexicanos al norte del Bravo, (p. 176).

Prioridades.- El impacto del crecimiento de China en la economía y en la distribución global del poder se está dejando sentir en todo el sistema mundial. En Estados

Unidos y en Europa ya se tiene plena conciencia del problema, Brasil aparentemente tiene ya una política hacia China, pero no México. En nuestro país, la clase dirigente está totalmente inmersa en sus pugnas y procesos internos, y simplemente no cuenta con un auténtico gran proyecto nacional. Por tanto no está tomando providencias para enfrentar con éxito el desafío presentado por el “factor asiático”. Hoy, cuando el tiempo histórico corre con más rapidez e intensidad que nunca, también el precio del tiempo perdido se pagará más alto que nunca.